

sino que decía á su esposa al hablarle de confesión que al primer fraile que entrase en su aposento le daría un balazo, y luego se daría otro á sí mismo, con un revólver que tenía debajo de la almohada y que no le podían quitar; así es que para evitar esta desgracia no permitía la familia que entrase en su casa sacerdote alguno. El día 20 de Junio de 1886 alcanzó á entrar el señor Cura, casi á pesar de la familia, temerosa de lo que pudiera suceder; y, en efecto, el enfermo le recibió muy mal y hasta le amenazó con el revólver si no se retiraba. Ya la esposa no sabía qué hacerse, cuando en la mañana del 20, poniendo el retrato del Ilmo. Sr. Claret en la pieza inmediata á la del enfermo, y rogándole con lágrimas que no dejase morir á su marido sin confesión, á las pocas horas dijo el enfermo: "Quiero confesarme; llámame al Superior de los Padres del Corazón de María, á quienes tanto he injuriado y ofendido." Se confesó, en efecto, con muchas lágrimas, pidió perdón á nuestros Padres, como también á los de su familia, á quienes no quería recibir desde algunos días, con lo cual quedó su esposa muy contenta, sin hallar palabras con que dar gracias á Dios. D. Julián murió tranquilo en la noche del sábado al domingo; y sus tres hijos y cuatro hijas, al ver la conversión de su padre, prometieron á nuestro P. Vall-Llovera, Superior entonces de nuestra Casa de La Serena, en Chile, que se confesarían también ellos, como así lo verificaron el día del entierro de su padre (1).

(1) Carta del P. Vall-Llovera, Serena, 27 de Junio de 1886. Este Padre murió en 23 de Junio de 1890, víctima de su celo, siendo Prefecto apostólico de nuestras Misiones de Fernando Póo.



CAPÍTULO XVIII

DE VARIAS GRACIAS TEMPORALES OBTENIDAS POR INTERCESIÓN DEL SR. CLARET

1. Curaciones del Rdo. P. Clotet, del P. Constans, del Hermano Ginestá, del Estudiante Lorenzo Sorinas y del Rmo. P. Xifré, Superior General de nuestra Congregación.—2. Restituye el habla á un moribundo para poderse confesar.—Curación de Sor Ana Artés y del jesuita P. Llausás.—3. Curaciones obtenidas del Siervo de Dios en el Colegio de Nuestra Señora del Buen Pastor en Valparaíso.—Un retrato del P. Claret ahuyenta milagrosamente á los ratones.—4. Curación milagrosa de Doña Margarita Zumarán.—Idem de Doña Luisa Navoa.—Idem de Doña María Florencia Salazar.—Idem de Doña Carmen Salinas y Doña Francisca Román.—Idem de Doña María Simona Alvarez, Doña Evarista Díaz y Doña Elvira Alvarez.—Curiosos pormenores sobre la curación prodigiosa de Doña Carmela Diaz.—Curaciones de las Sras. Eudoxia Valde-rrama, Carmen Aracena y Lorenza Varas.—Idem de los Sres. D. Silvestre Reyes y D. Eduardo Marambio Cortés.—Idem de las Sras. Magdalena Salinas, María Felipa y Collar, Sor María de la Divina Pastora, Sor María del Corazón de Jesús, María Luisa de Salcedo, María Virginia Gatitua, Trinidad Patiño, Mercedes Alfaro, Oristela Fonseca, Santos Acuña de Muñoz, de D. Godomiro Poblete, Doña Rosario Sánchez, D. Eulogio Villar, Sor Magdalena del Monte Tabor, Sor María de Santa Aurelia Blázquez, Doña Tomasa Toro, Pascuala González, María del Pilar Martínez y María Teresa de la T. O. de San Francisco.—5. Curaciones obtenidas en España por intercesión del Siervo de Dios: Doña Balbina de Coll y Sor Anunciación Fernández.—Curaciones de mal de ojos.—Idem de una enfermedad inveterada, de un herpes y de una hemorragia.—Alumbramientos felices obtenidos por intercesión del Siervo de Dios.—Curación de Sor María Nava en Calahorra.—Idem de un niño en Barcelona.—Idem de D. Ramón Vila en Bergús, diócesis de Solsona.

1. Salvo el fallo de la Santa Sede, no parece aventurado asegurar que el Señor ha confirmado la santidad del Siervo de Dios con el sello de los milagros. Entre los hechos que referiré en este capítulo hay algunos que naturalmente no pueden explicarse y que han sido aprobados por la autoridad ordinaria en forma judicial. Comencemos por algunos verificados en las personas de nuestros Misioneros.

Á las pocas semanas de la muerte del P. Claret, uno de los Padres que le habían asistido en su última enfermedad, el re-

verendo P. Clotet, hallándose en la Casa-misión de Prades fué una noche acometido, al ir á descansar, de un vivísimo dolor de muelas, que creció de tal manera que el pobre Padre padecía una especie de martirio. Como quien conocía bien la santidad del Arzobispo Sr. Claret, hizo entonces al Señor esta súplica: "Dios mío, si es de vuestro agrado, por intercesión de vuestro Siervo el Sr. Arzobispo Claret, y como una señal de que está gozando de vuestra vista beatífica, libradme de este dolor; mas no se haga mi voluntad, sino la vuestra., Al terminar estas palabras se quedó dormido, y al día siguiente se puso á trabajar sin sentir más dolor de muelas por espacio de diez ú once años, y desde entonces acá, si alguna vez lo ha sentido, no ha podido compararse con el que tuvo en Prades.

Otra gracia aún más maravillosa obtuvo el Rdo. P. Constans por intercesión del Venerable Fundador. "Sería,— escribe— como en Marzo ó Abril de 1883 en que me atacó una terrible erupción escrofulosa con dos grandes heridas en el cuello que exigían un cuidado especial, ya para curarlas, ya para evitar el desarrollo de la enfermedad por otras partes del cuerpo. Á pesar de todos los remedios y precauciones, un día al acomodar los parches y compresas, notó el Hermano enfermero, Antonio Callén, y con él dos Hermanas de la Caridad del Hospital de La Serena, que del cuello se había como desgajado una parte de tumor bajando hacia la espalda, en que encontraron tres tumores formados de mayor á menor. Mal auguraron las Hermanas temiendo se desarrollasen más hasta comprometer el corazón. Pusiéronme en la espalda otro parche, que, á obrar, no podía esperarse antes de quince días, según supimos. Fuera ya de la operación, me encomendé á nuestro Venerable P. Fundador, suspendí en la parte de las nuevas escrófulas un pedazo de sotana del mismo Padre, colocada en un guardapelo como relicario: así pasé el día sin conocer nada. Mas ¡cuál fué mi sorpresa cuando á las veinticuatro horas de haber colocado la reliquia, al reconocer el Hermano y las Hermanas el lugar afectado, me dijeron asombradas y llorando de alegría: ¡*Milagro, milagro!*, ya está sano, ya han desaparecido las escrófulas de la espalda. Y realmente, de tal modo sané, que nunca más han aparecido (1)."

(1) Carta del P. Jaime Constans, 26 de Junio de 1885.

Otro individuo de nuestro Instituto, el Hermano coadjutor Raimundo Ginestá, daba cuenta en estos términos de una gracia alcanzada del Siervo de Dios en la isla de Fernando Póo, Golfo de Guinea: "Hacía,— dice,— unos dieciséis meses saliómeme en el pie una llaga tan grande que su extensión era como la mitad de la mano, y su profundidad llegaba al hueso, de suerte que éste se veía puro y limpio. Todos me decían que no había otro remedio que cortarme la pierna; con todo, se me curó con las prescripciones del facultativo. Cinco meses hacía que estaba cerrada la herida, cuando volvió á abrirse, haciéndose muy honda y privándome casi de andar. El médico me dijo temía mucho se me volviera á poner mala como antes; recetóme no sé cuántas medicinas, pero no encontraba remedio; antes por el contrario, era cada día más profunda.

„En tal estado tuve que pasar á esta Residencia de San Carlos, ó mejor dicho, á una choza de bubis, para levantar la nueva Casa-misión. Á los pocos días de estar en ella me salió un bulto en medio del pecho; los dolores que me daba eran tales, que apenas me podía mover, no dejándome descansar en ninguna posición que tomase, ni en pie, ni sentado, ni en cama, sintiendo unas punzadas que parecía me atravesaban las entrañas. Creía era para mí llegada la hora de pasar á la eternidad, habiéndoseme extendido el mal por dentro del cuerpo, llegando á la boca del estómago, y habiéndoseme aumentado el bulto por fuera, siendo ya como la mitad del puño de la mano. Comenzó el tumor unas tres semanas antes, y en los últimos quince días los dolores se avivaron, afligiéndome, no tanto por mis padecimientos cuanto por ver la Comunidad mal colocada, pues la choza de bubis en que nos hallábamos era tan pequeña que apenas cabíamos en ella, teniendo que dormir con suma estrechez y casi tocando uno á otro, siendo además en el tiempo de las lluvias y poniéndonos enfermos por las grandes humedades.

„Estando yo de la manera dicha, no podía adelantar los trabajos de la nueva Casa que habían ya principiado. Viendo mi Rdo. P. Superior que mi mal iba en aumento, determinó enviarme á Santa Isabel para ver si los médicos de allá sabrían un remedio, sintiendo todos tuviese que ausentarme y suspender los trabajos del levantamiento de la casa, tan necesaria como entonces se hacía; pero así lo disponía Dios Nuestro Se-

ñor. Como hubiese hablado del asunto con los demás Hermanos, resolvimos hacer un triduo á la Santísima Trinidad, rezándole tres Padrenuestros y pidiendo á Dios que, si había de ser á mayor gloria suya, me concediese la salud por la intercesión y méritos de nuestro amado P. Fundador, y no tuviera que marcharme. Lo empezamos el día 11 de Junio de este año 1887, y se había de terminar el 13, que era lunes, día en que tenía yo que partir á Santa Isabel. El sábado, primer día del triduo, me apliqué tres veces una reliquia de nuestro Padre Fundador, y le ofrecí la Misa y la Comunión del domingo 14 de Junio. En este día pedí al Rdo. P. Superior me permitiese ir de algún modo á ver la casa para dar disposiciones á un carpintero que allí quedaba, porque al día siguiente me tenían que llevar los krumanes con una litera á la playa, y por eso deseaba ver la obra antes de marcharme: me contestó que si me veía con ánimo de ir, gustaba mucho de que fuese. El lugar distaba como un cuarto de hora; acompañóme el Hermano De Diego, pero anduvimos tan despacio, que para llegar allí acaso empleamos dos horas, caminando yo con todos los trabajos.

„Vista la obra y dadas las disposiciones convenientes, eran como las once y media de la mañana; mis dolores eran tantos que no me vi con ánimo de volver á nuestra choza. Por esta parte, deseando ver al P. Superior para manifestarle la necesidad de cambiar algunas cosas de la nueva casa, rogué al Hermano le llamase, pues yo no me sentía con fuerzas para moverme del lugar en que me hallaba. Echéme, entretanto, encima de un montón de tablas, suplicando al Señor que si había de ser para su mayor gloria, me volviese la salud por intercesión de nuestro P. Fundador. Aunque hasta entonces parecía que mis súplicas no habían sido oídas, no tardé mucho en obtener la gracia tan deseada y pedida.

„Era la una de la tarde, y viendo aproximarse una grande tempestad y que el Padre no llegaba, no sabía qué hacer, pues me sentía imposibilitado de moverme. No obstante, probé de levantarme y de andar un poco, y ¡oh prodigio! apenas había caminado unos seis pasos cuando siento de repente que desaparecen mis dolores; miro el pecho y veo que sale de él agua y no se conoce casi el bulto. ¡Cosa admirable! Poco antes habíamos mirado si había materia y no vimos saliera sino sangre

pura, y al verme entonces libre dí gracias á Dios, y saltando de alegría me fuí á casa sin sentir ya dolor alguno. Á mi llegada conté el suceso en presencia de todos los individuos de la Comunidad, los cuales, sorprendidos, no querían creerme hasta que les enseñé el pecho, y al verlo rebosaban de alegría diciendo todos que era un milagro de nuestro P. Fundador. En la función de la tarde en nuestra iglesia pública se rezaron tres Padrenuestros á la Santísima Trinidad en acción de gracias por tan grande beneficio; y el día siguiente, que era la fiesta de San Antonio, también me permitieron comulgar en obsequio de nuestro estimado P. Fundador.

„En este mismo día me puse á trabajar como si jamás hubiera tenido nada, y desde entonces, gracias á Dios y á nuestro Padre, no he sido impedido del trabajo ni molestado de mal alguno. ¡Ojalá tuviéramos siempre una fe verdadera y una grande confianza en él! De seguro recibiríamos y recibiría la Congregación muchos favores, pues mi curación la tengo por verdadero milagro y por tal la tienen los demás de casa, porque no solamente me curé del tumor del pecho, sino también á un tiempo de la llaga del pie, no doliéndome ya más y quedando cerrada á los cuatro ó cinco días, y desde entonces hasta el presente no he conocido ni descubierto señal alguna de nueva aparición, gracias á nuestro bienaventurado Padre, pues todo ha sido milagroso.

„Esto se lo escribo á Ud. porque, habiéndolo consultado con el Padre confesor, fué de parecer que lo hiciese, y habiéndolo también manifestado al Rmo. P. Prefecto de estas Misiones, me mandó se lo contase á Ud. tal como había sucedido (1).„

El hecho siguiente, menos maravilloso que el que precede, no deja de ser, sin embargo, muy notable. La carta con que lo notificó el interesado al Rmo. P. General de la Congregación, dice así: “Movido de la obediencia, y para mayor honra de nuestro P. Fundador, debo manifestar á vuestra Reverendísima la gracia que por su intercesión conseguí á principios de Agosto de este año (1886) estando en la Casa-misión de Vich, y es como sigue: Desde principios de Diciembre de 1884 me encontraba atacado de una tos fuerte y con poco apetito.

(1) Esta carta, del Hermano Raimundo Ginestá, fué escrita en San Carlos en 17 de Julio de 1887, habiéndose pasado ya más de un mes desde la curación.

Creyendo que sería efecto de algún resfriado oculto ó mal curado, procuré sudar en varias ocasiones, sin otro efecto que el debilitarme más. En Enero me prohibieron estudiar, hasta unos días antes de exámenes, ó sea á fines de Junio, en que me permitieron repasar. Á principios de Julio eché unos espantos de sangre; pero no dije nada, porque por algunos días no me encontré peor y no me repitió; mas á principios de Agosto empecé á sentirme muy débil y con grande agitación en la respiración. Además me vino un dolor en el lado izquierdo del pecho que me duró todo el año y me impedía dormir de dicho lado. Todo este año lo pasé con estreñimiento y vómitos que, juntamente con la tos, aumentaban y disminuían con mucha frecuencia. No pude estudiar en todo este curso del 85 al 86. Á fines de Mayo de este último año volví á sentirme otra vez casi sin fuerzas, no podía salir á paseo, tenía que acostarme pronto y levantarme tarde por razón del cansancio, y me repitió lo del año anterior, pero con más fuerza. Á principios de Julio me volvió con más frecuencia el vómito, y además un fuerte cólico que me duró todo el mes; tuve que dejar los reconstituyentes, que hacía tiempo eran mi principal alimento, por no sufrirlos la debilidad del estómago.

„Entonces el P. Maestro, temiendo un fatal desenlace, me mandó escribir á mi familia para quitarles todas las esperanzas de mi restablecimiento. El 22 de Julio pasó mi curso á Santo Domingo y yo tuve que quedarme por no estar en disposición de viajar. El P. Maestro, viendo que de las muchas medicinas que desde principio de mi enfermedad había tomado ninguna había producido el deseado efecto, y leyendo en el *Boletín* de nuestra Congregación los favores que otras personas alcanzaban del P. Fundador, me aconsejó que le hiciese una novena, acompañándome otro Estudiante. Yo, como no sentí en mi confianza, lo iba difiriendo de día en día, hasta que, importunado por mi condiscipulo, prometíle que lo haría. Empecéla, pero con tan pocos ánimos y esperanzas, que la quería dejar; mas como había prometido concluirla, continué pidiendo al P. Fundador me diese confianza, y luego me vinieron pensamientos que me la excitaban más viva. Concluida la primera novena, empecé la segunda, estando determinado á hacer la tercera y cuarta hasta que me oyese, con la seguridad de alcanzar lo que pretendía

„Púseme el último día de Julio una reliquia, que eran unos hilos de la sotana que había llevado nuestro amado Padre, y la llevé hasta haberme curado. Concluida esta segunda novena, me encontré robusto y con muchas fuerzas, y con un apetito que bien pudiera llamarse hambre; cesó la fuerte tos que tanto me molestaba, dolores, vómitos y cólico, y dormía muy bien toda la noche y de ambos lados indiferentemente; en una palabra, me encontré tan bueno y fuerte como si nunca hubiese estado enfermo, sin haber tomado medicinas hacía como unas tres semanas. Esto era por el 10 de Agosto. Yo no sé cómo fué esto y lo que me pasó en estos días; sólo sé que todos se admiraban y me preguntaban cómo era que estaba tan bueno, y yo les decía que no lo sabía, pues no había tomado otro remedio que la novena de nuestro P. Fundador, y que me sentía tan bien y con tal alegría interior que no sabía cómo explicarme. Pedí ir en todo con la Comunidad, pero el P. Ministro se resistía al principio; mas cuando le dije cómo estaba y que tenía tanto apetito, etc., me respondió: *Digitus Dei est hic*, no vacilando en concedérmelo. Continué las oraciones al P. Fundador por medio de la tercera y cuarta novena; pero no ya para pedirle la salud, pues estaba sano, sino para darle gracias por la que me había concedido. Desde entonces no me han repetido los síntomas indicados, y me encuentro muy bien, gracias á Dios. El día 30 de Agosto pasé á este Colegio de Santo Domingo, y los Estudiantes que me habían conocido quedaron gratamente sorprendidos al verme; pero su admiración subió de punto cuando me vieron tan robusto, pues no esperaban volver á verme.

„Gracias sean dadas á Dios y á su Siervo el P. Fundador, que se han dignado concederme este favor extraordinario. Este es el beneficio que Dios me concedió por intercesión de su Siervo el Arzobispo D. Antonio María Claret á principios de Agosto de 1886, después de veinte meses de enfermedad, estando en la Casa-misión de Vich (1).„

Otra de las personas con quienes el P. Claret ha mostrado su especial protección, ha sido nuestro Rmo. P. Superior General, con quien tan estrechos lazos le unieron en vida. El Rmo. P. Xifré había llegado el 12 de Marzo de 1888 sano y ro-

(1) Carta del Sr. D. Lorenzo Sorinas, Diciembre de 1886.

busto á nuestro Colegio de Santo Domingo de la Calzada; pero el 13 cogió un resfriado, y desde entonces experimentó una afección en el pecho que no le dejaba respirar ni conciliar el sueño durante la noche. El 16, á pesar de los medicamentos, se agravó sobremanera, y vióse obligado á guardar cama para sudar; pero por más que hizo no pudo entrar en calor, y le acometió una tos tan maligna, y creció tanto la dificultad en la respiración, que parecía iba á sofocarse. En estos críticos instantes, no hallando alivio en los medios humanos, acudió á nuestro amado Padre Fundador, de quien había sido compañero de trabajos y director espiritual, y mientras le invocaba con confianza, se puso en la cabeza uno de los pañuelos que había usado S. E. I. Al punto de aplicárselo sintió que alguna cosa del pecho se le bajaba al vientre, cesó repentinamente la tos, respiró con toda libertad, pudo descansar de los dos lados, cosa que antes le era imposible, y quedó enteramente curado de su afección. Cuando á la mañana siguiente se comunicó la noticia de la curación á los Estudiantes, nuestro entusiasmo rayó en delirio, y aquel mismo día, para celebrar tan maravillosa curación, que redundaba en gloria del que tanto deseábamos venerar en los altares y en beneficio del Padre á quien más amábamos sobre la tierra, se organizó por la noche un acto literario presidido por nuestro reverendísimo P. General, á quien contemplábamos respirando salud y alegría. Aún recuerdo que el discurso que pronuncié por orden de mis Superiores, alusivo á la curación prodigiosa que acababa de verificarse, apostrofando al fin respetuosamente á nuestro Rmo. Padre, le indiqué que acaso aquella era la señal dada por el cielo para que su Reverencia diera las órdenes oportunas al objeto de que se empezara la Causa de beatificación de nuestro amado P. Fundador. No sé si á consecuencia de este suceso, ó accediendo á las instancias que de todas partes le venían haciendo, el hecho fué que aquel mismo año se comenzó en Vich el Proceso informativo para la Causa de su beatificación, que se llevó á cabo con suma rapidez, á pesar de ser tan voluminoso.

Varios otros individuos de nuestro Instituto, como el Padre Santiago Heras, de Santiago de Chile, han sido agraciados por nuestro Padre con curaciones más ó menos prodigiosas, que omito por no alargarme demasiado.

2. Fuera de nuestra Congregación ha dado Dios también á conocer el poderoso valimiento de su Siervo obrando varios milagros por su intercesión ó al contacto de sus reliquias. En Barcelona, á una Religiosa del convento de las Magdalenas, llamada Sor Plácida Bru, que en Noviembre de 1878 estaba á punto de exhalar el postrer aliento sin poder darse á comprender á causa de un ataque apoplético que le sobrevino á la lengua, con sólo aplicarle detrás del cuello un pedacito de seda sacada de los vestidos del santo Arzobispo recobró al instante el habla y pudo confesarse repetidas veces antes de morir, con gran consuelo suyo y de las Religiosas sus Hermanas.

El 18 de Julio del mismo año Sor Ana Artés, Religiosa del mismo convento, que padecía mucho en la rodilla, se aplicó á ella un pedacito de ropa del Siervo de Dios, y sanó enteramente á los pocos días (1).

El Padre jesuíta D. Pedro Llausás escribía en 5 de Diciembre del 79 á su antiguo amigo y compañero D. Paladio Currius, que había tenido en la garganta una afección tan grave que le impedía hablar, para curar la cual habían sido inútiles los remedios prescritos por diferentes médicos; pero que habiendo pedido á Dios se dignase curarle por intercesión del Excmo. Sr. Claret, á los dos días estuvo bien, sin que el mal se hubiese repetido, aunque habían transcurrido ya dos meses desde su curación.

3. No sé si para manifestar la especial predilección con que miraba nuestras Misiones de América, por las cuales tanto en vida se había interesado, ello es que en la República de Chile ha obrado el P. Claret tantos prodigios, que son para loar á Dios, siempre admirable en sus Santos. Sólo el Colegio de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor, que está en Valparaíso, parece una oficina de milagros del Siervo de Dios. Ya he apuntado antes algunas de las muchas gracias espirituales allí obtenidas, y ahora anotaré otros hechos milagrosos verificados en favor de las Religiosas y sus niñas, en los que resplandece más al ojo la mano del Omnipotente, ó sea su intervención sobrenatural. He aquí el catálogo de ellos, escrito por la Superiora, y que comienza dignamente con una curación extraordinaria verificada en ella misma, de la cual

(1) Carta de la Madre Priora, 18 de Noviembre de 1880.

había antes dado cuenta en documento á parte en estos términos:

1.º “El de Noviembre del año 1882, casi repentinamente, me sentí atacada de agudísimos dolores en el lado izquierdo de la cara, y al mismo tiempo se me hinchó extraordinariamente. Me hice ver del médico, el cual declaró que debía abstenerme enteramente de trabajar, porque el menor trabajo, y aun solamente fijar la imaginación en la cosa más sencilla, podría causarme un funesto resultado, y me recetó los remedios más eficaces, que fueron inútiles, pues no sentí alivio alguno. En el mes de Enero del siguiente año se me agravaron los dolores. Habiéndome visto otro doctor á mediados del mismo mes, opinó que era indispensable hacerme muy pronto una operación, pues empezaba á roérseme el hueso y estaba expuesta á gangrenárseme la cara, por lo cual fué necesario me cortasen parte de la mandíbula. Además de esta primera operación, durante ocho ó quince días fué preciso me hiciesen algunas incisiones, con las que, por algunos momentos, sentía un poco de alivio. Mas, á pesar de todo esto, el 13 de Marzo tuve que soportar por segunda vez otra operación mucho más dolorosa que la primera, pues duró casi una hora. El cirujano era de parecer que en la primera operación se me había introducido en la carne una pequeña astilla, y empeñándose en buscarla, cortaba por donde le parecía, y como no pudiese encontrar nada me dejó sin obtener ningún resultado favorable, diciendo que era preciso cortar el hueso del carrillo porque ahí estaba el mal; mas, como era cosa tan dolorosa y delicada, no se atrevía á hacerlo sin consultar primeramente con otro doctor. Pasados cuatro días hicieron junta de dos médicos, quienes se dieron por muy satisfechos de la operación anterior y dijeron que con los remedios que iban á recetarme quedaría completamente bien.

„Mas á pesar de las medicinas tan fuertes y de todas las precauciones de los médicos, no sentí ningún alivio. En adelante no pasé día alguno en que no sufriese los dolores más intensos en todo el lado izquierdo de la cara y la cabeza, con la particularidad que á la menor variación del tiempo se me renovaban todos los sufrimientos de la última operación, como si de nuevo estuviese pasando por ella.

„Ocho meses transcurrieron sin tener ningún alivio. El 18

de Septiembre de 1883 por la tarde, encontrándome tan mal y absolutamente sin valor para sufrir otra operación, tomé en mis manos el retrato del venerado Ilmo. y Rmo. Sr. D. Antonio María Claret, que por gran dicha nuestra tenemos en casa; le hice una súplica de todo mi corazón, protestándole que estaba dispuesta á sufrir los más agudos dolores y todo cuanto fuera del agrado de Dios enviarme durante el espacio de nueve días, bajo dos condiciones: la primera, de no poner mi curación en mano de los médicos; y la segunda, de que al fin de los nueve días me diese una prueba de que estaba completamente libre de mi enfermedad; y en seguida me hice una cruz en la cara con el retrato del venerado Sr. Claret. Pasadas algunas horas, me sobrevinieron dolores tan terribles que no había sentido hasta entonces otros semejantes, y la cara se me hinchó en extremo. Así pasé algunos días, y á medida que se iba acercando el fin de la novena iban desapareciendo los dolores. Al siguiente día del último prefijado para mi curación, dos veces, y en diferentes horas, se me desprendieron del paladar unos nervios como raíces; y desde ese mismo día, 28 de Septiembre de 1883, hasta el presente, no he sentido dolores en la cara, ni señal alguna de enfermedad.

„No teniendo cómo agradecer debidamente al venerado señor Claret un milagro tan evidente obrado en mi favor y del que es testigo toda la Comunidad, protesto que estoy dispuesta á jurarlo, si fuera necesario, para la mayor gloria de Dios.

Valparaíso, Abril 19 de 1884.—*Sor María de Santa Filotea*, Superiora de las Religiosas del convento del Buen Pastor.

2.º Una de nuestras Hermanas estaba tan propensa á la erisipela, que casi continuamente sufría de estos ataques. En el mes de Noviembre último el Doctor la encontró tan mal, que hasta llegó á temer por su vida. Á los pocos días de convalecencia se sintió nuevamente con todos los síntomas de esta enfermedad, empezando á hinchársele la cara; afligida con esto nuestra buena Hermana, y temiendo que la obligasen á volver de nuevo á la cama, entró en la sala de comunidad, donde se encuentra el retrato del venerado Sr. Claret, y con grande confianza le dirigió una súplica, pidiéndole se dignara obtenerle la gracia de su curación, y al mismo tiempo cogió una flor de las que adornan el retrato, y acercándola á la cruz que el venerado Sr. Claret lleva sobre el pecho, la aplicó en

seguida á la parte hinchada con mucha fe y confianza. Sin más que esto, esa misma noche se sintió perfectamente bien.

Nuestra buena Hermana, llena de gratitud hacia el venerado Sr. Claret, refirió su repentina curación y se le aconsejó después leyese la historia de la vida del santo Arzobispo. Ya fuese por negligencia ó por otro cualquier motivo, no hizo lo que se le había indicado, y á los ocho días se sintió de nuevo con todos los síntomas de la erisipela. Estando en el coro le sobrevino la idea de que su recaída era justo castigo de su indiferencia; pidió perdón de su falta á nuestro amable protector, prometiéndole pedir á la primera oportunidad su Vida para leerla. Antes de cumplir la promesa que acababa de hacer se sintió perfectamente curada, y hasta el presente (Mayo de 1886) no ha vuelto á recaer en la misma enfermedad.

3.º Á una niña de la sección de Arrepentidas se le clavó una aguja en la cintura, causándole grandes dolores; y aunque se procuró extraerla con la mayor prontitud, no fué ya posible. Á los pocos días se le formó una hinchazón muy grande en la pierna, que fué necesario sajarle muchas veces; en este estado pasó más de un mes sin poderse mover en la cama. Viendo el doctor que la llaga llegaba al hueso y sin poder conseguir se cerrase aquella herida, hizo que le aplicasen los remedios más fuertes. Viendo en tal estado á la pobre niña, ordenó una curación tan dolorosa que nuestra Madre, que acompañaba al médico, se espantó y no permitió se efectuase, encargando á la enfermera y á la paciente empezasen desde luego con toda confianza á encomendar esta curación al venerado Sr. Claret. Así lo hicieron, y... cuánta fué la admiración cuando al quitar al día siguiente las vendas que cubrían la pierna advierten que se desprende de ella una aguja larga y mohosa con una hebra de hilo, y que á la vez la pierna estaba enteramente sana, pudiendo andar como antes de la enfermedad, sin necesitar ningún otro remedio... Algunos días después, habiendo venido el doctor, le dimos parte de lo ocurrido, y se quedó sumamente admirado, diciéndonos que este era un suceso enteramente extraordinario y sobrenatural.

4.º Otra de nuestras pobres niñas de la misma sección, después de un ataque repentino al corazón, en que estuvo casi al punto de perder la vida, quedó enteramente sorda. Habiendo recobrado sus fuerzas, pero no el oído, pudo asistir el día

8 de Septiembre, fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen, á la Misa cantada que se celebró en nuestra capilla, la buena niña estaba con gran pena no oyendo ni música ni canto; solamente se dió cuenta de que asistía á una Misa cantada por los acólitos que veía cerca del altar teniendo los ciriales, etcétera. Una de nuestras Hermanas, viéndola tan triste y sin esperanza ninguna de mejorar, le dió á entender por señas, y de la manera que pudo, que hiciese una novena al venerado Sr. Claret, rezándole diariamente diez Avemarias. Ella lo hizo con mucha fe y confianza, y no fué en vano, porque al segundo día ya oía un poco, y al tercero estaba completamente curada, y en prueba de ello pidió aquel mismo día que la permitiesen confesarse.

5.º Entre las mismas niñas había otra que sufría de una enfermedad en la garganta que no podía pasar ni el agua sin gran dificultad. Según la opinión reiterada del doctor, esta pobre niña iba á morir ahogada, lo cual tenía á todas con gran cuidado. Ella, sobre todo, en extremo acongojada, tomó en sus manos el retrato del venerado Sr. Claret y le hizo una ardiente súplica á fin de obtener la gracia de una muerte tranquila. Por la tarde de aquel mismo día se sintió tan mejorada de la garganta, que pudo comer. Pasados algunos días de convalecencia, le sobrevino un ataque enteramente inesperado, del que murió dulce y tranquilamente, conforme lo había ella pedido á nuestro amable Protector.

6.º Hacía más de un año que dos de nuestras pobres niñas penitentes tenían un tumor en la rodilla y sufrían agudos dolores. No mejorando con ningún remedio, hicieron ambas una novena al venerado Sr. Claret. Sus súplicas fueron prontamente escuchadas, pues una de ellas obtuvo mejoría á los cinco días y la otra á los ocho, quedando completamente sanas.

7.º Otra Religiosa del mismo Colegio, Sor María Margarita, escribe con fecha 13 de Marzo de 1886: "En el mismo año de 1884, el día 15 de Agosto me encontré de repente sorda, con gran confusión mía; los dolores que sentí, acompañados de ruidos y golpes en la cabeza, eran tan grandes que casi por momentos creí iba á perder el juicio. Mi pena de no oír la palabra de Dios por medio de las predicaciones, ni tampoco poder descansar con el desahogo de las edificantes conversaciones de mis queridas Hermanas, me estimulaba cada día más